

ninguno mal ejemplo de tus palabras ni de tus obras; ántes sí procura medirlas á la observancia de su santa ley.

244. Considera cómo habiéndose cansado de herir al Señor, pidieron con gran corage las cadenas y sogas, y allí en el suelo, como estaba boca abajo, le asieron sus santísimas manos y brazos, y cruzadas á las espaldas, se las ataron con tanta fuerza, que reventó la sangre, y los eslabones de la cadena se entraron en los brazos hasta el hueso, tirando fuertemente de las cadenas los que estaban por delante. Luego cogieron otra cadena gruesa y pesada, y se la echaron al cuello santísimo, y la apretaron tanto, que muchas veces le impedía la respiracion; y hecho esto, le levantaron del suelo, y embravecidos contra el Señor, teniéndole por las cadenas y por las sogas que le ataron por la cintura á su santísimo cuerpo, le decían, dándole tirones: ah, ah, ah, que has caído en nuestras manos: ya te habemos cogido, traidor: ya te desamparó el demonio, que te ayudaba: ea, húyete ahora, escápate de nuestras garras. Y diciendo esto, le descargaban muchas bofetadas y puñadas en su rostro santísimo, y los que le tenían por detras le daban golpes en las espaldas, hombros santísimos, y en su santísima cabeza y cuerpo con los pomos de las espadas, y repitiendo con mucha algazara aquellas palabras: húyete, escápate ahora, prueba á ver si puedes. ¡O infinita paciencia de Dios! ¡Mira, cristiano, á tú Dios preso con las cadenas y las sogas de Adán: mírale preso y maniatado con las pasiones de la caridad y amor de tu alma: este es el que así sujeta al Omnipotente: y las cadenas y sogas que le atan por defuera son las de tus grandes culpas y pecados: y las que le sujetan por de dentro son las del amor: estas sujetan al poder divino, que ningunas otras pudieran. Dime, ¿y á ti te sujetan las de su amor? Ya ves cual tiene puesto el tuyo á tu Dios, que le tiene hecho un manso Cordero en las garras de aquellos lobos, siendo él por sí el bravísimo leon de Judá. Dime, ¿su amor ha hecho mella en ti? ¿Te has sujetado y humillado, ó estás todavía hecho una fiera contra el Señor? No, hermano, deja ya de ser fiero para con él, que hartos y sobradamente fieros y crueles le cercan. No te hagas á una con ellos: hazte de la banda de tu Dios, pues no hay allí quien se ponga de su parte; porque los discípulos todos asombrados y despavoridos se fuéron, y le dejaron solo, Mira tú que no le deges, que seguro vas en su compañía, y no te llegarán á un pelo; por-

que ya el Señor ha dicho que no le lleguen á los suyos. ¡O si te tocare algun golpe de los muchos que le dan! Dichoso tú, que ya padeces algo con el Señor, y le ayudas en sus trabajos.

245. Considera en la fuga de los santos apóstoles, que cargados de miedo huyeron, dejando á su Maestro en manos de sus enemigos. Y son muy dignas de consideracion las palabras con que el texto sagrado explica su fuga. Dice, que habiendo dejado al Señor, huyeron. Primero le dejaron, y luego huyeron: dejáronle, y luego les sobresaltó el miedo. Miétras estaban con su divina Magestad, era mucho el ánimo que tenían, y estaban fuertes, y le decían: Señor, embestirémos con ellos, y los degollarémos. Tanto era el valor que tenían estando con él, pues siendo solos once, querían embestir á mil y cien soldados; mas así que le dejaron, huyeron cargados de miedo. ¿Y adónde huyeron? ¿Adónde se fuéron? Dice el venerable Beda,* que huyeron al valle de Josafat, y allí se escondieron en unas cuevas ó monumento. ¿Y adónde habian de parar los que huían de Cristo sino en el lugar del juicio universal? ¿Adónde habian de entrarse sino en la casa de la muerte? Mira pues, y escarmienta: no deges á tu Señor solo en manos de sus enemigos: no le pierdas de la memoria, y traele muy presente á cualquiera parte donde fueres, que con él no tienes que temer; mas si le dejas, si aflojas, si te olvidas, si le dejas de la memoria y presencia, luego te has de hallar cargado de miedo y cobardía; y ya no solo no le has de seguir, sino que has de huir de su divina Magestad, y huyendo darás en la muerte y en el juicio. ¿Y cómo saldrás de allí? ¡Reyna de los ángeles, y Madre nuestra! Vos no permitáis que el demonio acabe con nosotros que degemos á vuestro Hijo santísimo; y si lo hubiere conseguido por desgracia nuestra, vos, que sois de misericordias Madre, y nuestra Protectora, no nos degeis en tan miserable soledad.

246. Considera cómo habiendo maniatado al Señor, le arrebataron, y partieron con él para la ciudad con tal alboroto y alegría, como la que tienen los vencedores habiendo cogido la presa. Piensa en este viage, que es muy lastimoso. San Agustin dice, que le tendían en el suelo por donde habia de poner los piés unas sogas, y cuando pasaba el Señor

* In cap. 14. Marc.

le enlazaban sus santísimos piés, y tirando le arrastraban por las piedras, y así le llevaban á trechos con furia infernal. Y añade San Buenaventura, que cuando le llevaban así los unos y los otros cogian piedras, y le daban con ellas con muy grande crueldad en dónde le podian alcanzar: otros le daban cruelísimos palos en las espaldas: otros cogian grandes pellas de lodo, y le daban con ellas en la cabeza: otros corriendo, le daban puntapiés; y otros le pisaban, y pasaban por encima de su Magestad divina. Y finalmente piensa en la algazara, estruendo y alegría con que los demonios llevan algunas almas (que les ha costado mucho el derribarlas) al infierno, segun se lee en muchos egemplos, y toda aquella furia aplícala á los que llevaban á tu divino Maestro, porque en ellos iba el demonio, y eran ministros de tinieblas; así, atendiendo al odio que el demonio tenia á su Magestad, nada de estas cosas se te harán increíbles; porque fuera de estar esta mala bestia irritada con el Señor por la guerra que le habia hecho con su doctrina y milagros, y el no haber podido nunca, por mas que le tentó, derribarle en culpa, los estimulaba á aquellos inicuos soldados á hacer todo cuanto podian en oprobio de su Magestad, para derribarle con alguna impaciencia. Y para que mejor se conozca su rabia, dice David,* en persona del Señor: tendieron en el camino la soga en forma de lazo para enlazarme; y explica: hiciéron de sogas redes para enredarme los piés. Y San Ambrosio dice: hiciéron lazos de sogas, y con ellas me enlazaron los piés, y me arrastraron. Prosigue David: pusiéronme el tropiezo en el camino. Y San Gerónimo: pusiéronme trampas en el camino para derribarme. Y San Hilario: todo el camino lo sembraron de palos y piedras para que tropezára, y cayendo me arrastrasen. Esto dicen los santos, y ahora considera tú á nuestro modo. Púsose el Señor en sus manos, para quitarles de ellas nuestras almas; y viendo que el Señor les hacia fuerza, alargaron las almas, y se asieron de su divina Magestad. Como quien dice: las almas nos quieres quitar, pues sabe que todos habemos de cargar sobre ti; y así lo hiciéron. Y tú haz cuenta que el Señor dice: alargadlas: sean ellas mias, y de mí haced lo que quisiéreis. Mira, cristiano, qué campo se te descubre en esta consideracion.

247. Considera con la santa Verónica (segun el Señor lo reveló,) que habiendo llegado con aquel tropel y furia al rio

* Psalm cccix.

Cedron, estando en mitad de la puente, le diéron un empujón, y le derribáron abajo: y como no cabian todos en la puente, miéntras fué y vino la órden del tribunal, para si lo dejarian caer en el agua ó no, le tuviéron colgado en el aire por las cadenas, partiéndosele los brazos con el peso del cuerpo, y ahogándole la cadena del cuello; y por último le dejaron caer, quedándose ellos en las manos con las sogas del cuerpo, porque eran largas. Cayó el Señor con sus manos atadas atras, y con el peso de las cadenas luego se fué á fondo; y como el rio era rápido, y la ropa de su Magestad era de lana, y tenia tres túnicas, se empaparon en agua, y haciendo el rio fuerza en ellas, le arrebataron, y luego le tiraban con grandes gritos y voces: y cuando le tenian cerca, le volvian á alargar, y así le volvía á arrebatarse la corriente, y luego le tiraban otra vez; y así estuvieron un gran rato jugando con el Señor, y su divina Magestad se vió muchas veces ahogado: y para memoria de las angustias que allí padeció, dejó estampadas sus divinas plantas en muchas piedras del rio, como dice Baronio:* y por último le sacaron arrastrando por la soga, y salió á la orilla casi ahogado de la mucha agua que habia bebido, y todo lleno de lodo, porque el rio por las orillas no tenia arena, sino lodo. Empezó á respirar así que salió, y á vomitar el agua, mas no le diéron lugar para ello, porque al punto le arrebataron, y partiéron con él para la ciudad. Mírale con gran cuidado cuál va empapada en agua toda la ropa, y que con el peso no puede andar, enlodado el cabello, y vomitando aquí y allí, cayendo muchas veces, y ellos arrastrándole con la misma furia que ántes; y así la ropa mojada y arrastrada, quedó toda enlodada, el rostro y el cabello llenos de tierra, y todo él molido á golpes. ¡O qué suspiros daba de cuando en cuando, especialmente cuando el agua se le venia á la boca, y le quitaba la respiracion; y el alivio era muchos golpes y puñadas que descargaban en él! No habia piedad alguna para con el Señor. Mira, cristiano, que aquel rio es el de los deleites del mundo, que con su corriente desesperada arrebatara los mundanos: mira no te arrebatara, ásete bien de aquellas cadenas del Señor, si te hubiere cogido: mira que por librarte á ti se puso en aquel peligro: mira cuál se vió su divina Magestad en aquel que era sombra de éste; y como allí jugaban con

* An. Christ. num. 66.

el Señor sus enemigos, así hace con los mundanos el demonio : teme, teme mucho.

248. Considera cómo llegaron con el Señor á casa de Anas, el cuál como oyó el tropel de los soldados, conociendo por la algazara que venian, y que traian ya la presa, debes pensar que salió á la sala del recibimiento, y sentado en su solio esperó á los ministros. Ahora haz cuenta que estás presente allí viéndolo todo : mira lo primero la alegría con que entran todos aquellos ministros de Satanás, que asidos de las cadenas y sogas del Señor, le pusieron delante del sacrilego pontífice, y haciéndole todos una gran cortesía, muy gozosos le saludaron ; á que él correspondió con demonstracion de grande contento y alegría : mira bien al pontífice sentado en su solio, y que habiendo hablado con mucho agrado á los soldados, se volvió á nuestro Señor con semblante airado, lleno de soberbia y cólera, y le empezó á examinar de la doctrina que habia predicado y enseñado, y que diese cuenta allí de en donde estaban sus discípulos. Piensa tu que le oyes, y que le dice así : ven acá, embustero, (mal pontífice, ¿embustero llamas al que es la suma verdad?) ven acá, embustero, dice, ¿con qué autoridad os habeis hecho Maestro, y habeis agregado discípulos á vuestra compañía? ¿Es para engañar y pervertir al pueblo, que falte con el amor, piedad y lealtad á sus prelados? Decid ahí luego donde habeis escondido los discípulos ; porque como os han seguido, y creído vuestros embustes, así merecen ser castigados para escarmiento de otros idiotas. Mira á tu divino Maestro y Señor celestial : míralo otra vez y otras mil, qué manso, apacible y humilde está, temblando de frio, chorreando agua, y todo lleno de lodo, con los ojos inclinados á la tierra, sin hablar palabra, como si fuera culpado ; y aunque el pontífice le apretaba para que descubriese dónde estaban sus discípulos, no quiso responderle á la pregunta ; como quien dice : ¿de mis discípulos qué me preguntas? ¿No sabes que la culpa de ellos, si la tienen, ú el delito, si lo han cometido, eso se debe castigar en el Maestro? aquí me tienes á mí, que su Maestro soy. Si hallas que ellos han cometido algun delito, castígalo en mí, y déjalos á ellos. Solo sí le dijo su Magestad, ¿de mi doctrina qué me preguntas á mí? Yo no enseñé solo á mis discípulos, sino á todo el mundo, predicando públicamente en el templo y sinagoga, y así, si quieres saber lo que yo he predicado, pregunta á los que me

oyeron, que aquí los tienes : pregúntaselo á ellos. Mira, cristiano, la seguridad de tu Señor, pues fia de sus enemigos el testimonio de su doctrina : mira aquel corazon tan generoso, pues estando tan humillado y oprimido, no se acobarda para volver por la verdad, y confundir la calumnia. Saca de aquí el que debes siempre huir de la pusilanimidad, y con libertad santa ponerte siempre de parte de la verdad y de la inocencia, aunque por ello se te sigan trabajos, acordándote siempre de aquel ay con que lamenta la sagrada escritura la perdicion de aquellos que dicen mal de lo bueno, y bien de lo malo.

249. Considera cómo así que el Señor acabó de decir aquellas palabras, uno de aquellos ministros (que dice San Juan Crisóstomo era Malco, siervo del pontífice) levantó la mano, y le dió una cruelísima bofetada, diciendo : ¿así hablas al pontífice? Como quien dice : tomad, y aprended á hablar al pontífice : no seáis desatento á vuestro prelado, ¿pensais que estais hablando allá con el vulgacho? pues llevaos esa para que escarmentéis. Aquí tienes muchas consideraciones que hacer : todos son puntos de gran sentimiento y dolor. Piensa lo primero, que este maldito esclavo, como dice el Crisóstomo, San Pedro Damiano y otros santos, fué aquel á quien el Señor sanó la oreja cortada por San Pedro en el huerto, y despues de aquel beneficio le pagó con una tan afrentosa bofetada. Acuérdate tú cuántas veces te ha sanado el Señor las heridas mortales de tu alma, y acabado de sanarte has vuelto á darle de bofetadas, pecando y ofendiéndole. Piensa lo segundo, que la bofetada no solo fué injuriosa y afrentosa para el Señor, sino tambien de gran dolor, pues dice la Santa Verónica, que la mano estaba cubierta con un guante de acero ; y así fué tan terrible el golpe, que, como dice Salmeron, Servio y otros, dió con el Señor en tierra, y quedaron estampados los dedos y toda la mano en el divino rostro, y le hizo reventar la sangre por la mejilla, por los ojos, por las narices, y por la boca santísima en tanta copia, que corria por la barba y cuello del Señor hasta el cuerpo. Piensa lo tercero, cristiano, que al paso que la bofetada fué de tanta ignominia y afrenta para el Señor, á ese mismo paso fué motivo de grande alegría para sus enemigos. Hizo tanto ruido el golpe, dice Salmeron,* que

* 1. 3. tract. 10.

sonó por toda la casa, y todos diéron una gran risada, hicieron mucha fiesta, y se regocijaron así los que estaban con el pontífice, como los otros; como quien dice: ¡bien haya tal mano! ¿Quién es el que se la dió? ¡ó qué bien que se la asentó! Eso sí, dadle á ese embustero, pues que ni aun ahí quiere callar; y esto lo decían con mucha alegría y regocijo, y el malvado, viendo que así le celebraban y aplaudían su atrevimiento, ¡qué ufano estaba y que arrogante! ¡O loca osadía y atrevimiento de los hombres á su Dios! ¡O paciencia y mansedumbre de Cristo Redentor nuestro! ¿Tendrás ánimo ya, cristiano, para quejarte de tus injurias? ¿Aborrecerás ya en adelante el verte afrentado? ¿Ves cómo tu Dios se carga de tus ignominias y afrentas? tuyas son; y el Señor por quitártelas, las hizo tuyas: hízolo por ennoblecerlas, para que los suyos nunca se avergüencen de ellas, y se muestren agradecidos á tan grandes mercedes y beneficios.

250. Considera la gran paciencia, humildad y mansedumbre del Señor, que con una tan grande injuria, ni se indignó, ni se airó contra aquel mal hombre, ni contra aquel pontífice, que permitía tan lastimosa injuria; que con grande sosiego y mansedumbre le dijo: si hablé mal al pontífice, di en qué; y si no hablé mal, ¿por qué me hieres? Esto lo dice así el santo evangelio. Mas considera este modo de decir; como si el Señor digera: con esta bofetada que me has dado, y lo que has dicho, has escandalizado á todos esos que no oyeron lo que yo hablé, y ahora juzgan que fuí desatento al pontífice, y que le hablé con descortesía y desacato: y así di en voz que te oigan todos, ¿en qué está lo malo de mi respuesta? Aquí has de pensar, que el maldito esclavo calló, y no halló que decir; y viendo esto el Señor, le dijo: si no hallas cosa mala en lo que he pronunciado, ¿por qué me has dado esta bofetada? Di la razon que te movió á dármela. Piensa que el desdichado enmudeció; pero si tú quieres saber la causa, atiende: sabe que fuéron tres las razones que tuvo, dicen San Cirilo y Ruperto: la primera fué avergonzarse de haber sido en algun tiempo discípulo del Señor. La segunda fué el querer adular al pontífice, y contemporizar con él. Mandáronle en una ocasion los pontífices que fuese con otros á prender al Señor, y él quedó preso de su doctrina, y volvió haciéndose lenguas del Señor: reprehendiéronle sus amos, y entonces retrocedió, y por darles gusto negó á Cristo, y la

verdad que habia conocido; y como ahora dijo el Señor al pontífice, que preguntase por su doctrina á los que la habian oido, aquel maldito le quiso tapar la boca porque no le nombrase á él; porque si decia este me oyó, habian de hacer mofa y burla de él los demas. La otra fué por congraciarse con el pontífice,* para que le hiciese guarda principal de su persona. Píde á Dios que te libre de adular y contemplar á los hombres: pídele que te libre de tu amor propio; porque por cualquiera chanza que se diga, te hará dejar la virtud, y te hará ser ingrato y desconocido á Dios.

251. Considera la negacion de San Pedro, que en esta ocasion le negó la primera vez, aunque en casa de Caifas continuó las demas, y le acabó de negar las tres. Habiendo preso en el huerto al Señor, dice el texto sagrado, que Pedro le iba siguiendo a lo léjos, y que se entró en la casa del pontífice, para ver en qué paraba la prision, y que puesto con los soldados dentro del patio de la casa, encendieron fuego, y se sentaron en contorno de la llama para calentarse, y que San Pedro, que estaba entre ellos, se sentó á calentarse tambien. Ves aquí todo lo que antecedió para la negacion de San Pedro, como disposicion para que le negase: y todo lo has de ir pensando, considerando y meditando, para que escarmientes en la caida del Santo. Has de considerar que Pedro seguia al Señor, como todos aquellos que andan por el camino de la virtud. Estuvo muy firme en seguirle, hasta que le vió preso y en trabajos; pero entonces temió que si le seguia con el fervor que hasta allí, habia de caer en los mismos trabajos, y llevado de este temor se fué quedando atras. Ves ahí como entra la tibieza en los ejercicios espirituales: ¿si me harán mal? ¿si se volverán contra mí los hombres, y harán burla de mí? ¿si esto ó lo otro me hará daño á la salud? ¿si me perseguirán? y con esto vas faltando á los ejercicios, te vas entibiando; y tibio, te vas quedando atras. Llegó tarde el Señor San Pedro cuando habian entrado, y estaba cerrada la puerta. ¿Cómo habian de llegar las tibias y descuidadas vírgenes sino tarde, † á tiempo que ya estaba cerrada la puerta? Abrió una esclava la puerta al Santo para que entrase en casa de Anas, que fué donde negó la primera vez al Señor. Piensa tú que la esclava es tu carne, que entibia el alma en el divino amor:

* Rupert. lib. 15.

† Matth. xxv.

luego ella empieza á gobernar, y abre las puertas de los sentidos, como traidora, y por ellas entra la muerte del alma: abre las puertas á la ofensa de Dios, por donde viene el alma á negar á Jesu Cristo. Entró el santo Apóstol, y se juntó con los ministros y soldados, y viniendo temiéndolos, se pone en medio de ellos. ¿Qué haceis, Santo mio? Si os obligó el miedo de los soldados y ministros á alejaros de vuestro Maestro, ¿cómo os entraís en medio de ellos? Mas! ó amor propio y carnal, cómo se ve que eres traidor! Embistióle al Santo para solamente apartarlo de Cristo, y apartado, lo puso en el mismo peligro que tenia, para de una vez derribarlo: para que conozcas que el temor de los trabajos, que te aparta de Dios, te ha de poner en mayores trabajos que los que tenias. ¿Quién te metió, cristiano, en los trabajos del alma, que son peligros de condenacion? Di, ¿no fué la esclava que abrió la puerta? ¿no fué tu miserable carne, que abriéndote los sentidos, te cerró el entendimiento para que no entendieses el peligro, y te dejases entrar en él? Pues escarmienta, y aunque mas miedo te ponga por delante, no lo creas, ni te apartes un punto del Señor: y si te apartare, dile que si alguna ha de morir, que muera ella, que es la esclava, y no el alma, que es la señora, y tente fuerte. Entró el Santo para ver en qué paraba el Señor, y no atendió en lo que él podía parar, ni lo que le podía suceder. Cególe la curiosidad, que es hija de la tibieza. En siendo tibio serás curioso, y la curiosidad te pondrá en grandes peligros: el fervoroso no se anda en curiosidades impertinentes, sino que prosigue via recta el camino, y así se libra de muchas ilusiones y engaños en que cae el curioso, porque todo lo quiere ver, y de todo hace misterio. Llegóse á sentar al fuego, y calentarse con aquella maldita gente: ya habia pasado de tibio á frio; ya se habia apagado el que ántes ardía en el alma; y quedándose frio, buscó el fuego material para calentarse. Ya tenemos perdido á nuestro Apóstol: ¿qué mas perdida quieres á una alma, que falta de amor divino, se agrega y junta con los que son malos, y se pone de asiento en el calor del fuego y ardor eterno?

252. Considera cómo estando el Santo sentado al fuego se levantó la esclava, y empezó á combatirle, y lo primero conmovió contra él á los ministros, como dice San Lucas, y les dijo: este estaba con aquel. Como quien dice: ¿vosotros no reparáis que este estaba con aquel hombre que está

preso? Y ya que los tuvo atentos, se volvió á él, como dice San Juan, y apretó mas, diciéndole al mismo Santo: ¿no eres tú de los discípulos de este hombre? Y luego sin oírle su respuesta, como dice San Mateo, lo afirmó diciendo: sí con Jesus Galileo estabas; como quien dice: yo te ví con él, no tienes que negarlo. Mira la esclava como le aflige, provoca y aprieta para que niegue á Cristo, así que le vió al fuego con los ministros. Abre los ojos, cristiano, que no se te pueden pintar mejor los combates que hace la carne al alma, viéndola en el camino de la virtud; y puesta en ocasion de perderse, se levanta contra ella, y viéndola los ministros de tinieblas rebelada contra el alma, al punto se arman de parte de la carne en su contra, y conmueven las criaturas á que la persigan, para que se corra y afrente de haber sido discípula de Cristo: y aquí clama la carne armada con el amor propio, le persuade que para que no haga burla de ella, diga que ella no ha seguido la virtud, ni jamas estado con Cristo preso aprisionada de su amor: y luego entra con la tentacion, diciéndole, que entónces estaba con Jesus cuando estaba fervorosa: que ya eso se acabó, que se dege de esas melancolías, y se entregue á la vida comun, y junta con los relajados, se relaje mas, pretendiendo en todo el ardor de la concupiscencia, y el calor de las criaturas, para que entretenida el alma, niegue de una vez á Dios. Atiende bien á estas trazas de la esclava, que te conviene mucho entenderlas: es traidora, y no busca otra cosa que su consuelo, recreo y regalo.

253. Considera el modo y orden de la negacion, que te servirá de ejemplo para no caer, viendo esta fortísima columna derribada. A la primera pregunta se hizo desentendido, y dijo que no entendia ni sabia lo que le decian, como quien dice: una cosa nueva me preguntais: que si soy de sus discípulos, cuando yo no sé de tal Maestro, ni si tuvo discípulos. Mira que extraño se confiesa el primero de los discípulos, y el mas favorecido de todos. Mira no te muestres desconocido á este Señor, ni tan ingrato á sus beneficios; porque no hay mayor peligro que el de la ingratitud. No lo decia de corazon mi Santo, sino de miedo, y no por eso dejó de pecar; porque debia morir ántes que echase por la boca semejante palabra y razon. No te excuses con que tus defectos no salen del corazon dañado, ni de la mala voluntad, sino de tu fragilidad y miseria; porque aunque esa razon no